

La Película Selecta

1077

25



Vestidos del Paraíso
Segunda Parte
por
William Desmond y E. Sedgwick

La Película Selecta

Oficinas: «EDITORIAL PEGASO» - Gran Vía Layetana, 23
Teléfono 1496 A.

Año I

Barcelona, 16 Mayo de 1925

N.º 19

BEASTS OF PARADISE

1923

Bestias del Paraíso

(Segunda parte)

Adaptación novelesca de la película del mismo título, serie UNIVERSAL, emocionantes aventuras, interpretadas por el intrépido «star» cinematográfico **William Desmond** y la bellísima «estrella» **Eileen Sedgwick**.

CONCESSIONARIOS: **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

Valencia, 235 - Barcelona

REPARTO

Felipe Grant	William Desmond
Elena Frazer	Eileen Sedgwick
Jorge Grant	William Welsh
José Clegg	William Gould
Maria Verne	Ruth Royce
Tilah	Margaret Morris
Capitan Frazer	Clark Cowstock
Big Fack	Joe Bonomo

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

SEGUNDA PARTE

I

EL MOTÍN

Tílah pudo averiguar el encierro de Felipe y lo libertó, informándole de que Clegg había obligado a Elena a embarcar con ellos en el Cyclops, que iba a zarpar para Tibura.

El joven, sin perder momento, se encaminó a la playa acompañado de Tílah, que se despidió de él abrazándole y besándole, con gran sorpresa suya. Después se arrojó al mar nadando en dirección al Cyclops, saltando a poco, sin ser visto, sobre cubierta.

Elena, en su camarote, escondió el libro de clave que llevaba consigo, mientras María Verne y su cómplice estudiaban la ruta. La joven fué llamada por Clegg, que la condujo al cama-

rote de la aventureña y una vez allí la pre-guntó:

—Estamos camino de Tibura para encontrar los cinco millones y queremos el mapa.

—No puedo decir a nadie lo que se ha hecho con el mapa—replicó Elena.

María apuntó:

—A menos que usted trabaje con nosotros nunca encontrará el oro. Usted ignora donde está su padre y Felipe Grant perdió la vida en la tormenta.

—Eso no lo creo... De todos modos es mejor que el tesoro se quede enterrado a que caiga en manos de ustedes.

Mientras, «El Aguila» seguía al Cyclops.

Felipe Grant fué descubierto a bordo del Cyclops, bajo unas lonas. Avisados Clegg y María subieron a cubierta seguidos de Elena que, al ver a Felipe, corrió a sus brazos. Clegg dijo a Felipe con sorna:

—Bueno, Grant, ya que está usted aquí pue-de trabajar.

Felipe, sin inmutarse, replicó:

—Yo trabajaré, Clegg, pero no se olvide de que no soy uno de su tripulación.

A pesar de esta advertencia le obligaron a mondar patatas como al último de la tripula-

SEGUNDA PARTE

I

EL MOTÍN

Tílah pudo averiguar el encierro de Felipe y lo libertó, informándole de que Clegg había obligado a Elena a embarcar con ellos en el Cyclops, que iba a zarpar para Tibura.

El joven, sin perder momento, se encaminó a la playa acompañado de Tílah, que se despidió de él abrazándole y besándole, con gran sorpresa suya. Después se arrojó al mar nadando en dirección al Cyclops, saltando a poco, sin ser visto, sobre cubierta.

Elena, en su camarote, escondió el libro de clave que llevaba consigo, mientras María Verne y su cómplice estudiaban la ruta. La joven fué llamada por Clegg, que la condujo al cama-

rote de la aventureña y una vez allí la pre-guntó:

—Estamos camino de Tibura para encontrar los cinco millones y queremos el mapa.

—No puedo decir a nadie lo que se ha hecho con el mapa—replicó Elena.

María apuntó:

—A menos que usted trabaje con nosotros nunca encontrará el oro. Usted ignora donde está su padre y Felipe Grant perdió la vida en la tormenta.

—Eso no lo creo... De todos modos es mejor que el tesoro se quede enterrado a que caiga en manos de ustedes.

Mientras, «El Aguila» seguía al Cyclops.

Felipe Grant fué descubierto a bordo del Cyclops, bajo unas lonas. Avisados Clegg y María subieron a cubierta seguidos de Elena que, al ver a Felipe, corrió a sus brazos. Clegg dijo a Felipe con sorna:

—Bueno, Grant, ya que está usted aquí puede trabajar.

Felipe, sin inmutarse, replicó:

—Yo trabajaré, Clegg, pero no se olvide de que no soy uno de su tripulación.

A pesar de esta advertencia le obligaron a mondar patatas como al último de la tripula-

ción. Estaba empleado Felipe en este mester, cuando un marinero, mal encarado, abofeteó a otro, anciano y enfermo. Felipe dejó su operación y acarició al viejo, retando con la mirada al brutal marino.

Juan el Grande se acercó también, haciendo coro a Felipe en su protesta.

Enterado Clegg, ordenó que llevaran a la barra a los dos revoltosos. Esto indignó a parte de la tripulación del Cyclops, que los liberó pronto, diciendo a Felipe:

—Nosotros vamos a apoderarnos del Cyclops y queremos que usted sea el jefe.

Clegg fué avisado de lo que ocurría y subió a cubierta, diciéndole a Felipe:

—¿Intenta usted producir un motín, Grant?

Juan el Grande se adelantó a contestarle:

—Hemos sufrido demasiado sus malos tratos y ha llegado el momento de ver quién es aquí el amo.

Iban a arrojarse los partidarios de Felipe sobre los de Clegg, cuando el marino que había maltratado al viejo, propuso:

—¡Ellos son los principales... que ellos resuelvan el asunto de hombre a hombre!

Aceptada la idea, comenzó un púgil entre los dos jefes. Felipe, más diestro, iba a derrotar a su contrario, cuando un traidor le asestó

un golpe en la cabeza haciéndole rodar sobre cubierta.

Entonces, Juan el Grande, seguido de los demás partidarios de Felipe, se arrojó sobre el grupo contrario, generalizándose la lucha.

Felipe se levantó pronto, persiguiendo a Clegg que trataba de huir de su enemigo trepando por el palo mayor. Pero Felipe lo persiguió, entablándose una lucha peligrosa en uno de los palos. María y Elena presenciaban la singular pelea, animando cada una de ellas a su favorito.

Felipe y Clegg cayeron abrazados al mar...

II

EL BUQUE INCENDIADO

Felipe Grant, que era un nadador excelente, consiguió pronto mantenerse a flote, a pesar del fuerte oleaje. No así Clegg, que rendidas sus fuerzas, sin duda, a consecuencia de la bárbara pelea tenida durante el motín, se veía muy comprometido y las olas amenazaban tragárselo para siempre.

Felipe, que no era rencoroso ni vengativo, al ver a su enemigo en riesgo de muerte, lo auxilió, ayudándole a nadar hacia el Cyclops y luego a subir a cubierta. Indiscutiblemente, había salvado la vida al que tantas veces procuró arrancársela a él.

Ya a bordo y a solas María Verne y Clegg, le ordenó a éste, refiriéndose a Felipe:

—¡Ponedle en un bote y dejadle al gavate ! El podrá desembarcar en una de las islas cercanas y ser recogido por algún buque.

—Pero Clegg protestó :

—¡ Grant me ha salvado a mí la vida y me niego a que se haga eso con él !

La aventurera, acostumbrada a ser siempre obedecida sin chistar, se encolerizó y quiso hacerle recordar a su cómplice:

—Este es mi barco, José Clegg, y usted está trabajando para mí. Yo digo que Felipe Grant no puede permanecer en este buque por más tiempo.

Quedóse mirando al marinero con aire de reto y en aquella actitud enérgica que dominaba a hombres del temple de los desalmados que la rodeaban. Pero esta vez, el agradecimiento podía más en Clegg que la cólera de María Verne, y repuso:

—Yo soy capitán de este buque y mi palabra es ley en alta mar. ¡ Felipe Grant se queda aquí !

Viendo la reina de la Isla Paraíso que Clegg no cedería en esta ocasión, le volvió la espalda llena de furor y maquinando el modo de deshacerse de Felipe.

La media noche encuentra a María trabajando en un plan bien preparado. Algunos de la tripulación, los que se pusieron frente a Felipe cuando el motín, secundan a la pérflida mujer en su proyecto. Y mientras dormían los

demás, ordenó a uno de los marineros, al que tenía peor entraña de todos:

—Cuide de que se pongan provisiones en el bote salvavidas... pero sin ruido... Después procure hacerse cargo de Felipe Grant.

Cuando la orden fué cumplida, ella misma guió a sus sicarios al lugar del barco donde se encontraba Felipe y hallándolo dormido, con ayuda de los que la acompañaban, lo tiraron al agua. Elena, que casualmente se había enterado de lo que ocurría, se lanzó denodadamente al mar, con objeto de prestar ayuda a su prometido.

Los jóvenes fueron recogidos por una lancha del remolcador de Felipe, «El Aguila», y los tripulantes de aquéllo lucharon con los del Cyclops, que fué incendiado durante la refriega.

María Verne, al ver arder su barco y que la tripulación de «El Aguila», con el capitán Frazer, ocupaba la lancha que atacó al Cyclops, huyó de este barco, dejando sobre su cubierta a los combatientes y escapó en el remolcador de Felipe para dirigirse a Tibura y tratar de conseguir el tesoro para sí misma y sin ayuda de nadie.



III

LA CARGA DEL ELEFANTE

Felipe, Elena y el capitán Frazer, lograron escapar con vida de la refriega desarrollada en la cubierta del Cyclops y del incendio de este buque. Pero como María Verne, la aventurera, había huído en el remolcador «El Aguila» tuvieron que lanzarse al agua y llegar hasta la costa a nado.

María, que llegó poco antes a la misma costa, que era la de Tibura, decidió desembarcar, pues allí era donde estaban enterrados los cinco millones oro, causa de su codicia y de la lucha con Felipe Grant, que también pugnaba por encontrarlos, aunque con un fin más noble que el de la aventurera y sus partidarios.

Clegg, con los que quedaron del Cyclops, vió el remolcador en que había escapado María Verne y ordenó poner proa a tierra, pues habíanse salvado en una de las lanchas.

Iban, pues, a reunirse todos en Tibura.

Llegada la pequeña embarcación a la costa, Clegg y sus hombres inspeccionaron «El Aguila» no hallando a nadie en él, por lo que supuso Clegg que María y su gente habrían desembarcado ya para dirigirse al interior de la isla.

Una vez que Felipe Grant y los que lo siguieron, entre los que se contaba Juan el Grande, que le permaneció fiel desde el día del motín, pisaron tierra firme, aquél dijo:

—Ha sido una suerte que estuviéramos cerca de la costa de Tibura cuando el buque se incendió... Aunque no tengamos el mapa, yo creo que podremos encontrar el oro.

El capitán Frazer indicó:

—Aquel picacho alto estaba marcado en el mapa—y señaló uno, elevadísimo, que se recortaba bajo el cielo azul.

Siguió haciendo memoria el capitán y añadió:

—Y allí cerca está acampado un pequeño residuo de la un tiempo poderosa tribu de los tiburianos.

No se engañaba el padre de Elena. Aún se conservaba viva la tradición de los indígenas, que dice que el elefante sagrado de los tiburianos, salió del mar. Debajo de aquella cresta inminente, vivían aún el residuo de aquella

raza, con su alto sacerdote de la tribu, que gobernaba a sus súbditos en la supersticiosa adoración al elefante sagrado.

Estaban aquellos fanáticos reunidos en el temlo, cuando el alto sacerdote exclamó:

—¡ El elefante sagrado nos avisa!... Hay algún peligro escondido que se aproxima a nuestro campamento.

Se organizó una partida para salir al encuentro de los extranjeros, que según el aviso del elefante sagrado, avanzaba en aquella dirección.

Felipe, mientras tanto, había establecido una especie de reducto y se dirigió a lo alto de una loma cercana para inspeccionar los alrededores, por si descubría algún poblado próximo al sitio en que se encontraban.

Mientras tanto, a su gente la habían atacado los salvajes, y cuando regresó, Elena, consternada, le informó:

—¡ Los indígenas nos han atacado... se han llevado a mi padre prisionero!

María Verne también había sido capturada, con algunos de sus partidarios, por los tiburianos. Quiso justificar su presencia en aquella costa, alegando que su buque se había incendiado, viéndose obligados a abandonarlo. Ya ante el jefe de la tribu, dijo:

—No tenemos intención de hacer mal... nosotros...

—El jefe la interrumpió para decir:

—No vienen con frecuencia extranjeros a Tibura... pero sean ustedes bienvenidos a la hospitalidad de nuestro campamento.

Elena cayó asimismo, en poder de la tribu, sometiéndola a una serie de torturas, hasta convencerse de que los extranjeros no pretendían hacerles la guerra, cosa imposible, por otra parte, por lo reducido del número de los expedicionarios. Elena vió que María había sido capturada, al igual que ella.

El lenguaje de los tiburianos era bastante comprensible para la aventurera, convenciéndose ésta que podría conversar con el alto sacerdote sin que Elena, desconocedora en absoluto de tan extraña lengua, pudiera enterarse de sus planes.

María se dispuso a realizar su plan y mostrando al alto sacerdote el mapa indicador de la tierra que ocultaba el codiciado tesoro, le dijo:

—Hemos venido aquí en busca de un tesoro, una gran cantidad de oro que se supone está escondido aquí en alguna parte. Hay otros extranjeros que tienen la intención de apoderar-

se de este tesoro y llevárselo de su tierra... Debe usted prevenirse contra Felipe Grant.

Elena se adelantó indignada y encarándose con María Verne, la increpó:

—He oído pronunciar el nombre de Felipe Grant. ¡No tiene usted derecho a levantar a esta gente contra nosotros!

Pero María Verne, dispuesta a llevar adelante su proyecto, sin hacerle caso, indicó al alto sacerdote:

—Creo que sería muy conveniente para usted que nos ayudara a localizar ciertos puntos de este mapa.

El alto sacerdote puso el índice sobre un punto del mapa y dijo:

—Ese primer punto... es la montaña de Joroba del Camello... Queda a un buen día de marcha al otro lado del desierto.

Elena, suponiendo que María estaba entregando el secreto del tesoro y viéndolo a un acuerdo con el alto sacerdote contra Felipe, se abalanzó de improviso sobre su enemiga y le arrebató el mapa, huyendo después.

Todos los que estaban presentes se lanzaron en persecución de la joven, pero Felipe llegó a tiempo de interponerse entre ella y sus enemigos, luchando ferozmente contra todos, en defensa de su prometida. Cuando más enco-

nada era la lucha, los combatientes se vieron acometidos por una furiosa manada de elefantes, que pusieron en grave peligro la vida de todos. Pero este peligro alejó para Felipe y Elena el de los indígenas que pretendían apoderarse de ellos. Sin embargo, Elena estuvo a punto de morir atropellada por un elefante y hubiera muerto a no apercibirse Felipe a tiempo, que mató a la bestia disparando su revólver sobre ella.

IV

CUBIERTOS POR LA ARENA

Después de la heroica hazaña que libró a Elena de la muerte, los fugitivos se refugiaron en una cabaña próxima. Ya instalados en ella, como el capitán Frazer y Juan el Grande se habían reunido con ellos y el primero daba visibles muestras de cansancio, Elena propuso a su prometido:

—Mi padre está harto cansado para seguir... Tenemos que dejarle descansar algún tiempo.

Felipe opuso algún reparo a la idea de estacionarse en aquel lugar y la joven comprendiendo lo que él pensaba, volvió a hablar:

—Juan el Grande puede quedarse con mi padre... María y su gente nos estarán siguiendo para recobrar el mapa y todo momento de demora aumenta nuestro peligro.

—Sí, sí, tienes razón—aprobó Felipe, que



dió a Juan el Grande las órdenes oportunas, y después dijo al capitán:

—Juan el Grande te cuidará hasta nuestra vuelta... Elena y yo vamos a buscar algún medio de atravesar el desierto y encontrar el tesoro.

Mientras tanto, María Verne buscaba allí cerca a Felipe para robarle el mapa indicador del lugar en que se hallaba escondido el oro. Clegg, cuando se reunió de nuevo con la aventurera, la dijo:

—Elena tiene el mapa, así es que nuestras pesquisas serán en vano sino conseguimos tener a ella y a Felipe antes de que crucen el desierto.

María Verne, con aquel tono autoritario, proverbial en ella, ordenó:

—¡Busca en los alrededores a ver si puedes encontrar huellas de Grant y sus compañeros!

Clegg se quedó con algunos hombres de la partida, ordenando al resto que regresaran al campamento para conseguir algunos pellejos para agua y vestiduras apropiado para María Verne.

Después se pusieron al acecho de aquellas cercanías en las que suponían se encontraba Felipe y sus amigos, viendo a poco a Juan el

Grande, que fué a proveerse de agua a un riachuelo cercano.

* * *

Cerca del borde del desierto, una tribu de bandidos había establecido su campamento.

Felipe y Elena, al ver que se disponían a cruzar el desierto, les hicieron proposiciones para que los llevaran con ellos.

El jefe de los bandidos los aceptó y les dijo:

—Nos detendremos aquí para pasar la noche... La jornada de mañana nos llevará hasta la montaña de Joroba del Camello.

Quedó así convenido y cuando más confiados estaban todos, el centinela avisó:

—¡Jinetes extraños se acercan a toda velocidad!... ¡Quizás nos siguen para robar nuestro campamento!

Efectivamente, unos jinetes, que no eran otros que María Verne y su partida, galopaba en aquella dirección. Ya estaban cerca cuando, sin previo aviso, se les fué encima una nube de polvo... un ciclón de arena que se habría llevado todo por delante en su desenfrenada furia.

Felipe estaba convencido de que el jefe de

los bandidos les había visto el mapa y recelaba de ellos, por lo que, durante el ciclón, propuso a Elena escapar, toda vez que estaban ya al borde del desierto.

Y así lo hicieron sin pérdida de tiempo.

V

MILLONES DE ORO

Poco después de huir Felipe y su prometida, con ayuda de unos desconocidos, se aproximaban al campamento de los bandidos María Verne y sus hombres. María propuso al jefe de los bandidos que les dieran a Felipe y a Elena. El jefe les preguntó:

—¿Y qué ofrecen ustedes a cambio de esta gente que yo he traído a través del desierto?

María repuso:

—Ellos tienen un mapa que encierra el secreto de una gran fortuna... Ayúdeme a conseguirlo y será usted bien pagado.

El jefe de los bandidos ordenó a uno de los suyos que llevara a su presencia a Felipe y Elena. A poco volvió el bandido diciendo:

—¡Los cautivos se han escapado!... El ciclón era tan intenso que no pudimos detenerlos!

En vista de este contratiempo, el jefe de los bandidos y María Verne acordaron unirse para capturar a los fugitivos, a los que se habían unido el capitán Frazer y Juan el Grande.

En efecto, a poco, la partida se ponía en movimiento. Como llevaban buenas cabalgaduras, no tardaron mucho tiempo en darles alcance, haciéndolos prisioneros. Clegg preguntó a Felipe:

—¿Dónde está el mapa?

Felipe, sonriendo, repuso:

—Encuéntrelo si puede, Clegg... pero aunque lo encuentre le apuesto a que nunca ha de poder sacar ese oro de Tibura.

Con sus prisioneros bien guardados, la caravana pirata acampa para pasar la noche.

Durante ésta, Elena atacó a María Verne, logrando atarla. Luego, mientras le quitaba sus ligaduras a Felipe, éste le dijo:

—¡Suelta a papá y a Juan!... ¡Yo tendré los caballos preparados al borde del campamento!

Y mientras la valerosa joven libertaba a su padre y a Juan el Grande, Felipe se apoderaba de los caballos necesarios para huir de sus enemigos.

Pronto se apercibieron los piratas de lo ocurrido. María dijo al jefe de los bandidos:

—¡Nuestros caballos han desaparecido!... Tenemos que conseguir otros y seguir el camino inmediatamente.

—Lo siento—replicó el bandolero—, pero es imposible que mi gente les preste más ayuda.

Ante esta negativa, María y sus hombres cogieron las cabalgaduras de los tiburianos y se lanzaron en persecución de Felipe Grant y sus compañeros.

Los fugitivos habían caminado a toda velocidad hasta el amanecer, a través del desierto, y se preparaban para empezar a buscar los millones enterrados.

Escondido en una cueva cercana a las montañas había un misterioso ermitaño llamado Frank Mason. Felipe y el capitán examinaban el mapa; aquél dijo:

—De acuerdo con el mapa, el tesoro debe estar escondido cerca de aquel picacho.

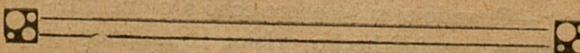
Era precisamente en el que se ocultaba Frank Mason, que temiendo el día en que gente extraña fueran allí a descubrir su secreto... estaba preparado.

Sin embargo, a poca distancia, encontraron nuestros héroes el sitio donde estaba escondido el oro, a tiempo que llegaban María y los tuyos. Aquella exclamó, viendo las cabalgaduras de los fugitivos:

—¡ Esos son nuestros caballos... mirar por ahí y ver si pueden encontrar alguno de los de la partida de Grant !

Los de la partida de María Verne encontraron a Felipe y sus amigos, entablándose una tremenda lucha. Felipe y Elena se desvancieron a causa de los golpes recibidos, pero lograron que sus enemigos no se enterasen del lugar exacto donde estaba escondido el tan codiciado tesoro.

La lucha terminó favorablemente para nuestros héroes, que una vez más escaparon de sus enemigos.



VI

ATACADOS POR LOS PERROS

Felipe, Elena, el padre de ésta y Juan el Grande, fueron a refugiarse en la cueva del ermitaño. Como viera éste que los jóvenes recelaban de él, dijo:

—No tiene nada que temer... el capitán Frazer es antiguo amigo mío.

El capitán quedóse mirando al extraño personaje. Este preguntó:

—¿No se acuerda de mí... de Frank Mason?

Entonces recordó el capitán, sorprendiéndose de que viviera aquel hombre, que había figurado en la tripulación del Dunsmere.

Frank Mason explicó lo ocurrido en aquella ocasión:

—Cuando el submarino echó a pique nuestro buque, yo fuí hecho prisionero... Luego que la tripulación había enterrado los millones, me

dejaron en tierra por muerto... Al verme solo, traje el oro aquí arriba y lo escondí en la chimenea.

La sorpresa de los oyentes fué enorme. Frank los informó:

—Esta cueva tiene otra salida... conduce al otro lado de la montaña. Cuando hayan cargado ustedes el oro sobre los caballos, sigan este sendero... los conducirá directamente a Farmouth, en la costa.

Nuestros amigos estrecharon conmovidos las manos de Frank. Felipe, dirigiéndose a Juan el Grande, le dijo:

—¡Ve al otro lado y tráete los caballos!

Y luego al extraño personaje:

—Supongo que usted, Mason, regresará con nosotros... el Gobierno le premiará con esplendidez.

Frank rehusó:

—No, este es ahora mi hogar... Prefiero quedarme aquí.

No pudiendo convencerlo, se despidieron efusivamente de él, cargaron el oro y se alejaron de aquel lugar.

María Verne, mientras tanto, estaba empeñada en rescatar el mapa y a tal fin no escatimaba esfuerzo alguno para lograr su propósito.

Después de mucho caminar Elena se quejó:

—Este caballo está cojo... y yo estoy cansada y hambrienta.

—Mason nos dijo que en este sendero hay varias cabañas de mercaderes—intervino el capitán.

Felipe dijo:

—Ustedes dos se quedan aquí a guardar el oro, mientras Elena y yo exploramos los alrededores.

Convenido así, partieron los dos jóvenes. Habían caminado ya bastante cuando vieron una cabaña, ignorando que una partida de rufianes habían tomado posesión de ella. Felipe dijo a uno de aquellos hombres:

—Vamos camino de Farmouth y se nos han concluído los víveres. Si ustedes pueden acomodarnos, la señorita desea descansar por una hora o dos.

—Yo no tengo mucho de comer—repuso uno de ellos—, pero pueden pasar y tomar lo que encuentren.

Entraron. A poco, Elena creyó oír ruidos sospechosos y se lo comunicó así a Felipe, que la dijo:

—Yo no he oído nada. Tú estás cansada y nerviosa... trata de descansar.

Elena no se había equivocado. María Verne

y su gente se aproximaban y los rufianes para defenderse de ellos, soltaron unos perros furiosos que pusieron en grave aprieto a nuestros héroes. Pero lograron escapar a caballo, perseguidos de cerca por María y su partida.

VII

EN EL REMOLINO

Mientras tanto, Jorge Grant, padre de Felipe, ha llegado a Farmouth en busca de su hijo que se dirige también a dicho puerto. Felipe lleva consigo el precioso oro, pero no puede cruzar el río Sequa, viéndose obligado a construir un pequeño bote. Llegando en este instante María con sus partidarios, se traban nuevamente en lucha. Felipe logra arrojarse al río con la frágil canoa en compañía de Elena, pero ya en medio del río, la pequeña embarcación no puede resistir las fuertes corrientes del agua y arrastra a los dos muchachos a una muerte segura, hacia las atronadoras cataratas.

María Verne, que había llegado casi al mismo tiempo seguida de Clegg y sus demás partidarios, por apoderarse del mapa, se lanzó también al río, estando a punto de perecer.

VIII

EL FINAL DE LA JORNADA

Por última vez Felipe demuestra su coraje salvando a Elena y a María. Esta, agradecida por la bondad de Felipe, se arrepiente y juntamente con Clegg se hacen amigos de Felipe y Elena, ayudándoles a conducir el oro que aquéllos deben entregar al Gobierno. Al llegar a Farmouth, Felipe se entera de la llegada de su padre y a la mañana siguiente los tres se encuentran en las oficinas del Cónsul americano, con el objeto de hacer los trámites ante el Gobierno de su país para reintegrarle el oro perdido y encontrado a costa de tan inauditos esfuerzos. Los peligros que han corrido juntos ha hecho nacer un profundo amor entre Felipe y Elena y entre Clegg y María, y todo termina en bodas felices.

Felipe Grant quiso premiar a su suegro y se construyó otro buque con el nombre de Dunsmere, dándole su mando. También se construyó otro, nombrando capitán a Clegg.

FIN

El próximo número de «La Película Selecta»
se titulará

FUERA DE LA LEY

precioso y emocionante cinedrama interpre-
tado por los estupendos artistas de la pa-
talla, **Bert Lytell y Anna Nelson**

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

Suscripción
2,50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música
GRATUITO con las 16 composiciones más popu-
lares de la temporada



EDITORIAL PEGASO

Gran Vía Layetana, 23 - Teléfono 1496 A.
MARCELONA

Imp. CARROFÉ. — Villarroel, 12 y 14